

RUTH M. LERGA

Matrimonio por
honor

LOS KNIGHTLEY 4



Ante la posibilidad de que su reputación se vea arruinada por unos rumores infundados que ponen en entredicho a su hermana, *lady* Beatrice Knightley acepta la proposición de lord Kellan Sinclair, segundo hijo de un conde y con una prometedora carrera militar. Pero poco después de que el decoro de la familia quede restaurado se ve forzada a una unión en la que, sin duda, es él quien obtiene mayores beneficios, una de la que no está convencida. Kellan es un hombre serio, honorable, y las damas Knightley solo han sido felices cuando han ignorado la rigidez social.

Así que, convencida de que todavía puede liberarse de su promesa, una noche comete un error de consecuencias inimaginables que la convierten en el escándalo de la temporada, revertiendo los papeles en su enlace, siendo ella quien deba agradecer casarse con Sinclair, heredero de pronto de fortuna y título, si es que él todavía quiere aceptarla...

Kellan Sinclair se enamoró de la joven y virtuosa Beatrice en cuanto la vio y comenzó un cortejo que se precipita en compromiso. Aunque es consciente de que su esposa no lo ama, cree tener tiempo para conquistarla una vez casados. Sin embargo, cuando descubre su caída, el sentido del honor le hace acudir en su rescate y mantener su palabra de caballero, casándose con ella, pero la traición es una dura compañera en un matrimonio basado en los sentimientos equivocados: culpa, desconfianza, amor no correspondido y una pasión que los arrastra el uno al otro a pesar de todo.

Índice de contenido

Cubierta

Matrimonio por honor

Dedicatoria

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Segunda parte

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Tercera parte

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora

*PARA ALBA, MI PAJAROTA,
que ya sabe leer en mayúsculas y
minúsculas*

Primera parte

*Amor y escándalo son los mejores
edulcorantes para el té.*

Henry Fielding

Capítulo 1

Londres, finales de mayo de 1817

El contralmirante Kellan Sinclair podría decir el momento exacto en el que se enamoró por primera vez y para siempre. Fue el 24 de mayo de 1817, en la calle Bruton, en la recién estrenada mansión de los duques de Tremayne, a las siete de la tarde, diez minutos antes o después.

No era un caballero dado al romanticismo ni tenía especial contacto con las damas, era un hombre de mar que pasaba tres cuartas partes del año en un buque de guerra surcando los océanos, y cuya idea de tomar una bebida a gusto era pedir una pinta en la taberna de cualquier puerto caribeño, donde el calor y las mujeres no tenían comparación con la frialdad de Inglaterra, país en el que se había criado a pesar de ser escocés. Era el segundo hijo de un noble, mas no eligió el Ejército por obligación, sino la Armada por pasión. Había pasado todos los veranos de su niñez en la finca familiar, Abaid Loch, en el estuario del río Ness, navegando hasta las Orcadas si el tiempo lo permitía.

Ni siquiera fue a la universidad; en cuanto abandonó Eton pidió a su padre, el conde de Moray, que le comprase una comisión en la Marina. Este aceptó más que satisfecho, separando a sus hijos —cada uno de un matrimonio distinto—, cuya relación era poco cordial. La madre de Mal-

colm, el mayor, había perecido dando a luz; la de Kellan, en cambio, en algún lugar de la India, fruto de unas fiebres, dos años después de huir con su amante, un actor de Drury Lane que murió también de la misma enfermedad unos días antes. No, al conde de Moray no le molestó en absoluto que su hijo menor deseara continuar su vida lejos de Inverness. Al contrario, en cuanto su heredero se casase y tuviese hijos, rompería la relación con Kellan de forma definitiva. O eso pretendía, pues su memoria se fue apagando hasta no recordar, siquiera, su propio nombre antes de que pudiera cumplir sus propósitos.

Durante todos aquellos años, Kellan vivió la existencia que deseaba: en plena libertad y sin más obligaciones que las que el ejército imponía. Hubo, claro, momentos complicados durante las guerras napoleónicas, donde trabajó ocasionalmente para el servicio de espionaje. Era, pues, un caballero hecho a sí mismo, con una fortuna respetable y una vida plena de la que jamás se había arrepentido.

O no hasta aquella noche en casa de los Tremayne, cuando conoció a la dama más hermosa y modesta que todo hombre pudiera soñar y fue consciente de que el contralmirante Sinclair, reputado marino y respetado espía en el ministerio de Guerra, el de Exteriores y el de las Colonias, no tenía nada que ofrecer a la hermana de dos duques.

Pero mejor empezaba por el principio aquel recuerdo que tantas veces había revisado en su cabeza.

Su buen amigo Belmore le pidió que lo acompañase a una cena informal en casa de un antiguo compañero de andanzas por la península. Compañero que, al final, resultó ser una mujer, *lady* Jimena Knightley, la duquesa española de lord Raphael. Desde que llegó a la casa supo que aquello era una especie de trampa. Si bien la anfitriona fue amable y mostró un gran cariño por Ryan Kavanagh – invitado de honor y padrino de la recién nacida hija de los

Tremayne—, un irlandés que había elegido el ejército a pesar de ser el heredero de un marquesado, solo él sabría por qué, la relación con el duque se sentía tirante. Había un respeto innegable entre ambos, pero también muchas reservas.

La idea se acrecentó cuando llegaron el resto de los Knightley. El duque de Neville, quien apoyó desde la Cámara de los Lores todas las iniciativas destinadas a mejorar la vida de los soldados en el frente y también después, una vez acabada la guerra, buscando asegurar un futuro digno a quienes había luchado con fiereza por su patria, fue poco discreto en su tirantez con Kavanagh, marqués de Belmore. Saludó con afecto a su hermano y cuñada y apenas gruñó al otro.

Pensó que aquella velada sería un infierno, pero entonces aparecieron dos damas. Conocía bien a la primera, pues había coincidido en varias ocasiones con ella en los salones aquella temporada. *Lady Angela Knightley*, hermosa e inteligente, y dotada con un excelente sentido del humor, lo saludó con una sonrisa franca. Fue la otra, en cambio, la hermana menor de los Knightley, quien lo cautivó.

Y lo hizo de manera irremisible y definitiva.

Fue un flechazo y no pudo ni quiso negarlo: aquella señorita rubia, de anchos tirabuzones, piel incólume, ojos azules como el Mediterráneo en un día de sol, de figura pequeña e indudablemente femenina, sería por siempre la única para él. Oh, sí, habría otras, no tenía madera de monje, pero estaba convencido de que todas ellas palidecerían ante el recuerdo de *lady Beatrice Knightley*.

* * *

La cena fue, como esperaba, un castigo. Las duquesas llevaban con maestría una conversación en la que lo incluían con naturalidad, buscando que se sintiera cómodo. Bel-

more participaba con excesivo entusiasmo, haciendo analogías de no sabía muy bien qué y, sin duda, ennegrecía los ánimos de los otros dos. Los duques callaban, pero su gesto era cada vez más adusto, y las hermanas Knightley no levantaban su rostro del plato si no eran interpeladas. Allí se cocía una guerra silenciosa y, o mucho se equivocaba, o acabaría salpicándole.

Ya en los postres, unas excelentes torrijas, un comentario sobre la heroicidad de Nelson fue tergiversado, retorcido, malinterpretado y, contra todo pronóstico, fue *lady* Angela, callada hasta entonces, quien perdió la paciencia, dando a entender que todo lo sucedido –fuera lo que fuese– era culpa suya y que se sentía humillada por la actitud de los caballeros presentes.

En ese punto lo miró, excusándolo, y la hermosa Beatrice, con la pericia de una anfitriona experimentada y no la de una joven que aún no había cumplido los dieciocho, lo invitó a visitar la exposición de pintura que la duquesa de Tremayne tenía en la galería superior.

Agradecido no únicamente por poder huir del comedor, sino también por poder gozar de su compañía sin oídos ni miradas indiscretos, le ofreció el brazo y salieron solos. A nadie pareció extrañarle semejante transgresión de etiqueta, bien porque confiaban en él, bien porque estaba a punto de estallar una contienda de dimensiones épicas y nadie pensaba más allá del campo de batalla.

–Por aquí –lo guio la dama con naturalidad–. Está en la primera planta. La madre de mi cuñada, doña Cayetana, duquesa de Alba, era una gran aficionada al arte y atesoró lienzos de los mejores maestros españoles, como Goya, Velázquez o el Greco, pero también otros de las escuelas italiana o de flamenca.

Pero pronto olvidaron los óleos y Beatrice, con dulce inocencia, le preguntó por sus viajes, quiso saber cada lugar que había visitado y cuán distintas eran las culturas indígenas, se mostró entusiasmada ante sus respuestas y

confesó, con timidez, su deseo de viajar cuando fuera una mujer casada.

Y Kellan la imaginó con él, en un buque, conociendo las Indias Orientales y las Occidentales, África y Asia, prefiriendo olvidar que un barco de guerra no era el mejor lugar para una dama, menos aún aquella en concreto.

Finalmente, viendo que la puerta del comedor no se abría y que los gritos comenzaban a escucharse, decidió que lo correcto era marcharse sin despedirse de sus anfitriones.

—Tengo que atender unos asuntos en el norte, partiré mañana.

—Nada grave, espero.

Lo dudaba. Su hermano lo había convocado a una reunión urgente, pero hacía más de siete años que no tenían noticias el uno del otro así que, supuso, tendría que ver con el estado de salud del conde, delicada desde hacía años.

—No lo creo, confío en volver pronto. ¿Cuándo debutáis?

Las impolutas mejillas adquirieron un atractivo color sonrosado.

—En tres semanas. Será aquí, mi hermano Rafe ha exigido el honor de presentarme él, ya que Marcus lo hizo con Angela.

Debía de ser hermoso tener una familia tan unida, pensó Kellan. Pero no era esa la razón de su pregunta.

—¿Me guardaréis un vals? —La vio dudar y se disculpó, al punto—. Disculpad, ni siquiera estoy seguro de que tengáis permiso para bailar...

—Sí, sí lo tengo. Y sí —le dijo tras unos segundos de duda—, os guardaré un vals. Tendré que ejecutar uno con cada uno de mis hermanos y es probable que acuda el regente. Pero si hay un cuarto, será vuestro.

Sinclair se aseguraría de que lo hubiera, aunque tuviera que sobornar a los músicos para que se saltasen el pro-

grama.

Sin más que decir, le tomó la mano y le besó el dorso en una caricia que ella casi hubo de imaginar.

–*Milady*.

Se marchó sin mirar atrás. Si lo hacía, querría quedarse con ella para siempre.

* * *

Una vez se marchó Sinclair, Bea regresó al salón, donde las damas esperaban. Le hicieron un breve resumen sobre la parte de la discusión que se había perdido y la felicitaron por su habilidad para sacar al contralmirante del comedor y evitar que supiese lo ocurrido cuatro años atrás. Claro que, tras las pullas, que habían sido verdaderos dardos envenenados, era difícil que aquel caballero no se hubiera hecho una idea bastante aproximada de la huida de su hermana tiempo atrás sin que el irlandés fuera consciente. Pero lord Kellan le había asegurado no tener nada que contar sobre la noche, más allá de la maravillosa compañía y la magnífica colección de arte de la duquesa de Tremayne.

Si tenía dudas de su caballerosidad, había quedado patente con aquella frase que exoneraba a Angela de cualquier pecado. Su simpatía por él había ido creciendo durante la velada.

Cuando los duques regresaron junto al marqués, las hermanas fueron despedidas. Eso sí, en lugar de irse a sus respectivos dormitorios como se esperaba que hiciesen, se encerraron en una de las salitas de la primera planta. Tenían mucho de lo que hablar, y Bea muchos puntos que aclarar. A fin de cuentas, sus reputaciones iban de la mano.

–¿Cómo has podido inculparte delante no solo del marqués, Angie, sino también de un completo desconocido? –la amonestó, intentando no mostrar su enfado, pero

sí lo contrariada que se sentía—. ¿Y por qué ahora, después de tantos años? Marcus y Rafe habían decidido olvidar tu transgresión. Además, Belmore no hubiera contado lo que ocurrió. El contralmirante, en cambio, podría haber sido un cotilla y mañana por la mañana tu historia iría de cocina en cocina y de salón en salón. Ryan ha dejado claro que prefirió dejarse golpear y renunciar a su amistad con Jimena por no delatarte. Lord Sinclair, sin embargo...

—¿Y te parece justo el sacrificio de Ryan? —susurró Angela.

No era normal que se mostrase a la defensiva en lugar de beligerante, lo que significaba que, bien estaba arrepentida, bien se hallaba confundida. Pasó por alto que lo llamase por su nombre de pila, todos en la casa lo hacían en algún momento.

—Quizá no lo sea —prosiguió—, pero tampoco está bien que, en caso contrario, si fuera él quien te hubiese abducido, hubieras cargado tú igualmente con las culpas en lo que a la sociedad se refiere. Tuviste la suerte de que él fuera un caballero y de que esta noche también lo haya sido.

—Un caballero al que nuestros hermanos han estado tratando como a un vulgar delincuente...

Beatrice no se dejaría desviar. Era recatada y solía callar con tal de evitar un enfrentamiento, pero aquella era su hermana, y la situación, extrema, por tanto, no callaría.

—¿Por qué ahora?

Si a Angela le sorprendió su firmeza, no lo dijo. Pero en su interior reconoció que la menor estaba madurando, que seis meses antes no hubiera incidido de nuevo en la cuestión. Sin embargo, en su insistencia, la colocaba en una desagradable disyuntiva: detestaba mentir y no podía contarle la verdad. No podía confiarle que, desde hacía unos días, se había comprometido a ayudar a Ryan a localizar a un contrabandista buscado por la Corona. Tampoco podía explicarle la razón por la que había accedido, por-

que ni ella misma estaba segura. Si era la culpabilidad, las ganas de vivir una aventura o la misteriosa necesidad de estar cerca de aquel hombre, ni lo sabía ni quería analizarlo.

–Es la primera oportunidad que se me presenta de disculparme con él.

–¿Lo es? ¿Y tenía que ser pública, notoria y frente a un completo desconocido?

La mayor ahogó una exclamación preocupada.

–¿Crees que lord Sinclair dirá algo?

–Dudo mucho de que lo haga, aun así...

–Habéis estado mucho rato a solas. ¿De qué...?

–No te atrevas a esquivarme como si fuera una niña tonta, Angie. Cuéntame qué me estoy perdiendo.

Entonces sí, la pelirroja la miró con apreciación.

–Supongo que mis actos van a asociarse a ti y a tu reputación –le concedió.

–No lo supones, lo sabes, lo que me hace suponer a mí que merezco algo de sinceridad por tu parte –continuó con voz firme–. Eso y el hecho de que soy tu hermana.

Angela pensó cómo continuar sin engañarla.

–He coincidido con el marqués en varias ocasiones en los últimos días. ¡Todo muy decoroso! –se apresuró a explicarse ante el gesto horrorizado–. Pero... no sé... creo que desde que lo conozco mejor... –calló, sin saber qué más decir.

–¿Te gusta?

A eso podía responder sin mentir ni comprometerse: era un hombre apuesto, todas las damas coincidían en eso, y tenía un sentido del humor excelente.

–Desde luego que sí.

–Quiero decir si te gusta... te gusta. Si te casarías con él si te lo pidiera.

–Jamás lo haría. Y, si fuera el caso, nuestros hermanos no lo consentirían nunca.

–No es eso lo que te he preguntado.